

Eduardo Ortega

NUNCA ESTARÁS SOLO



Yo nunca me pierdo..., en mi propio caos.

Nunca estarás solo

Eduardo Ortega

1ª edición

ISBN: 9781730976940

Impreso en España / *Printed in Spain*

Este es un libro dedicado a mi padre, informático, ingeniero, matemático y fan de la ciencia de la criptología. Le he oído hablar tantas veces sobre teoremas, algoritmos, códigos y desarrollos en serie para la búsqueda de la convergencia que me sentí en la necesidad de escribir un libro que hablara sobre todo ello. Por supuesto mi cerebro llega hasta donde llega y siempre se ha quedado muy por detrás del de mi padre. En cualquier caso, este libro es mi homenaje a él y a todos los que como él, no se conforman con saber lo básico.

Prólogo

Entró en el edificio avanzada ya la noche. El doctor Ramsi, Signus Ramsi o Sig, como le llamaban coloquialmente sus compañeros de trabajo, ingeniero jefe de Banner&Shawn, acostumbraba a trabajar hasta altas horas de la noche, por lo que a los guardias de seguridad del edificio de Banner&Shawn no les llamó la atención que entrara con un paso agitado y veloz camino de los ascensores.

Su estado de nervios era patente aunque pasara desapercibido para aquellos que no prestasen la atención adecuada. Tanto, que tardó unos segundos en acertar sobre el botón de subida a su planta de trabajo, la planta trece. Salió apresuradamente sin dejar siquiera que las puertas del ascensor se abrieran del todo y con su tarjeta de acceso literalmente plantada sobre el sensor de control de la puerta entró en su despacho. Una vez dentro, cerró la puerta no sin antes cerciorarse de que nadie le seguía, mirando hacia ambos lados del corredor. El edificio estaba configurado de manera que un corredor central organizaba toda la planta en dos hileras de despachos o salas de reunión. Los despachos tenían todos ellos con control de acceso y sus paredes eran opacas para evitar miradas indiscretas. Las salas de reuniones en cambio eran todo lo contrario, cristales transparentes señalizados a una altura adecuada mediante vinilos translúcidos para evitar accidentes.

El despacho del doctor Ramsi era pequeño y con poca iluminación. Lo compartía con otros dos colegas del área de ingeniería de datos y entre los tres le daban a la sala un ambiente de erudición carente por completo del más mínimo orden e higiene. Estaba lleno de papeles y libros amontonados alrededor de viejas pantallas de ordenador en mesas rectangulares, perfectamente aplicables a cualquier escuela del país. En aquel despacho Signus no hacía demasiada vida laboral, ya que donde trabajaba normalmente

era en el laboratorio situado en la primera planta. Allí disponía de los medios y herramientas necesarios para desarrollar las aplicaciones que daban realmente de comer a Banner&Shawn.

Banner&Shawn estaba haciendo su fortuna gracias a las patentes que sus departamentos de I+D generaban cada año y que vendían a sus clientes, fabricantes de equipos de telecomunicaciones, a precio de oro. Al despacho solo se subía cuando había que redactar informes o artículos; cuando se requería de una tranquilidad determinada o de una privacidad necesaria para evitar el fraude empresarial mediante el robo de descubrimientos aún no patentados.

El doctor Ramsi se sentó delante del ordenador, apartó del teclado una carpeta y tiró a la basura el vaso de café reseco que le molestaba para maniobrar con el ratón. Lo encendió y cuando la vieja máquina quiso arrancar, abrió el programa de mensajería interna de la empresa. Al instante vio que Henry Banner estaba conectado y le escribió un mensaje; con suerte lo leería en ese momento y podría compartir con él la buena noticia.

—"Sr. Banner, ¡funciona!" —escribió sobre la pantalla azul del programa.

Esperó durante unos eternos diez segundos hasta que un nuevo mensaje apareció a continuación.

—"¿Dcodexy?"

—"Sí"

—":-), ¿estás abajo?"

—"Sí"

—"Bajo"

El doctor Ramsi no cabía en sí de la ilusión que le hacía poder compartir aquella noticia. Un cosquilleo le recorría cada vértebra de su columna, después de cinco años de impagable trabajo, desarrollando un algoritmo de descifrado de claves que podía romper cualquier barrera actual-

mente utilizada en cualquiera de los sistemas informáticos a nivel mundial. Hacía tres años que el desarrollo matemático había concluido, pero su programación y las distintas pruebas realizadas, junto con sus correcciones, habían llevado otros dos años de trabajo. Era la vanguardia de una nueva era de encriptación, ya que con su algoritmo, todas las claves del planeta eran vulnerables. Y aquello le hacía sentirse poderoso a la vez que tremendamente asustado. El doctor Ramsi era totalmente consciente del caos que aquello podría generar en el statu quo y se congratulaba de que hubiera sido él y no cualquier otra persona el que lo desarrollara. Tenía claro cuales debían ser los siguientes pasos. Sabía que en cuanto aquel hallazgo saliera a la luz, él y su empresa serían el blanco de todas las miradas, y no precisamente amigables, del planeta. Pero la ciencia de la encriptación tenía que evolucionar tarde o temprano y él había sido el primero. No se le escapó pensar en un posible premio Nobel, porque su descubrimiento era realmente revolucionario y cambiaría la historia de la humanidad. Los ordenadores y servidores actuales no servirían ya y tendría que acelerarse el desarrollo de la tecnología cuántica para dar una nueva solución de encriptación a los organismos oficiales y empresas donde la seguridad de sus datos había sido violada.

Unos nudillos golpearon la puerta del despacho y el doctor Ramsi se apresuró a abrir. Henry Banner entró como una exhalación en la habitación.

—Enséñame cómo funciona; —dijo sentándose en la silla del doctor —métete en la página del Pentágono..., no, del pentágono, no, demasiado peligroso, de la Mossad israelí, a ver qué hace.

—Déjeme un momento...

El doctor Ramsi tecleó sobre la pantalla una serie de comandos e introdujo la URL del servidor de la Mossad. A continuación, le dio a la tecla de "Enter" y el programa em-

pezó a funcionar. En menos de un minuto, apareció una pantalla con un cursor parpadeando. Como por arte de magia, empezaron a abrirse ventanas de carpetas, todas ellas catalogadas como confidencial por la agencia de la Mossad.

Henry no podía creérselo.

—¡Esto es increíble Sig! —comentaba mientras daba vueltas alrededor del despacho pensando en las posibilidades y el siguiente paso.

—Sí, lo sé. Esto va a ser una revolución. Cuando se enteren...

—¿Cómo que cuando se enteren?

—Esto tenemos que publicarlo en los foros científicos, dará renombre a la empresa y muchos beneficios.

—No, no necesitamos publicar nada aún.

—Pero, ¿de qué sirve esto si nadie lo sabe?

—Déjame tiempo para pensar cómo explotamos este descubrimiento.

—No es un descubrimiento, no lo hemos encontrado por azar. Esto es el fruto de la investigación de un equipo de matemáticos durante cinco años.

—Lo sé, lo sé. Pero dame dos días. Un paso en falso podría dar al traste con el potencial de este programa.

—Dos días, señor Banner. Dentro de dos días lo publicaré.

—Gracias.

Dicho esto, Henry salió del despacho mientras el doctor Ramsi se quedaba mirando fijamente a una pantalla llena de archivos de la Mossad aún abiertos. Los fue cerrando uno a uno y a continuación cerró el programa de acceso también para no dejar demasiados rastros. Apagó el monitor y se giró para recoger algunos papeles que había sobre la mesa, los apiló y los metió dentro de su cartera marrón

de piel, que le acompañaba siempre allá donde iba. Todavía nervioso se levantó y volvió a mirar a la pantalla. Estaba oscura, pero a pesar de ello él aún podía ver el enorme agujero que habían creado esa noche.

Estaba tan excitado cuando subió a su coche de nuevo para volver a casa que tuvo que tomarse unos segundos para respirar y bajar pulsaciones. Sabía que en ese estado de nervios no podía ponerse al volante y meterse dentro del denso tráfico que las calles de Mumbai llevaban a esas horas. Necesitaba concentrarse en la carretera y en el resto de conductores que peleaban por llegar a casa antes de la hora de la cena.

Finalmente arrancó el coche y metió la marcha atrás para salir de su aparcamiento. Era una noche calurosa de marzo y bajó las ventanillas para que algo de la brisa del mar pudiera refrescar el interior del vehículo. Miraba por el retrovisor para evitar golpear con el vehículo de atrás y cuando volvió la mirada al frente, se encontró de nuevo con el señor Banner apoyado sobre el capó de su coche.

—¡Vaya señor Banner, qué susto me ha dado! Si no llego a mirar le paso por encima.

Henry Banner se acercó a la ventanilla del conductor mirando hacia fuera como si estuviera buscando a alguien.

—Hace buena noche —intervino de nuevo Signus Ramsi sin entender lo que estaba pasando.

—Lo siento doctor.

Y sin ningún miramiento le pegó dos disparos en la frente.

Capítulo 1

Me lavaba las manos y las miraba con detenimiento, repasando cada uno de los eccemas que me habían brotado en los últimos meses. El médico me había dicho que era por estrés en el trabajo, pero, ¿quién no lo tenía?, era imposible no tenerlo teniendo que viajar cada tres meses a un país distinto en distintas partes del globo terráqueo. Las miraba y me dejaba llevar por la calidez del agua que corría entre mis dedos, dejando que con ella se llevara parte de ese estrés.

Una hora antes, me había bajado del avión en el aeropuerto internacional Chhatrapati Shivaji de Mumbai, después de dar un sinfín de vueltas hasta que concedieron autorización para aterrizar al A380 de Emirates que venía desde Dubai. Ese era mi vuelo, un avión de dos plantas con capacidad para albergar cómodamente a más de 100 personas a bordo. El vuelo llegaba a Mumbai a las 8:30 de la mañana hora local y había transcurrido sin mayores problemas.

Ahora ya estaba en el hotel, con la maleta descansando encima de la cama y tratando de asearme un poco para bajar a comer algo.

Mi nombre es Bart Nolson y soy especialista en programación. En aquel momento trabajaba para proyectos internacionales de desarrollo de sistemas, dentro de la Organización Mundial para la Salud. Supervisaba el correcto aprovechamiento de los fondos de ayuda al desarrollo, y concretamente esta vez los fondos transferidos al gobierno de la India para el desarrollo de zonas rurales; empezando por unas mínimas comunicaciones y sistemas ofimáticos. Estos últimos deberían permitir compartir los historiales médicos, identificar patrones y por lo tanto anticipar epidemias de Malaria, realizar diagnósticos en remoto y dotar de mejor atención sanitaria a esas zonas. Se habían trasladado con ese propósito más de mil millones de dólares y me tenía

que asegurar que se cumplían los plazos dados por el gobierno de la India.

Pero este trabajo era agotador. El cuerpo nunca se me acostumbraba a las diferencias horarias y en ese momento dudaba de si tocaba o no comer, porque antes de aterrizar nos habían dado algo de desayunar en el avión.

No era la primera vez que viajaba a la India. Había venido cinco años atrás para un trabajo de apenas una semana en Delhi y poco recordaba de todo ello. Esta vez mi destino era Mumbai y por lo poco que había podido hablar con algún que otro compañero, no era la misma India. Hay muchas Indias dentro de la propia India. Hasta 54 regiones diferentes, con diez lenguas oficiales siendo el hindi y el inglés las lenguas transversales. De norte a Sur la India era casi como la mitad de Europa y la cultura, tradiciones, clima y gastronomía variaban significativamente en cada una de las latitudes del país. No sabía qué me encontraría esta vez. De momento un intenso calor.

Me senté en la cama y a continuación me tumbé. No había observado hasta entonces la habitación desde ese ángulo y me paré a mirar desde allí los techos de escayola, las densas cortinas de color pistacho y el austero mobiliario de la época Isabelina que consistía en un pequeño sillón, una mesa y una silla. No era nada del otro mundo, pero así eran todos los hoteles que me podía permitir.

El peso del cansancio empezó a hacer mella en mí y los ojos se me fueron cerrando. Sabía que no debía hacer aquello porque si caía dormido me levantaría a la hora de dormir y permanecería el resto de la noche en vela; pero los ojos se me cerraban.

Hice un acopio de fuerzas y me incorporé de nuevo. Me puse de pie y con determinación, decidí que no me podía quedar en la habitación o caería de nuevo. Abrí la puerta y me dirigí hacia la silla dudando de si coger la chaqueta o no. En el hotel hacía calor y me había parecido que en la

calle también así que me di la vuelta con lo puesto y salí de la habitación cerrando la puerta tras de mí.

En el pasillo del hotel todo era quietud, la gruesa moqueta que recubría todo el suelo amortiguaba las pisadas de mis botas y absorbía los pocos sonidos que provenían de las distintas habitaciones evitando que se propagasen por el corredor. Bajé en el ascensor hasta el recibidor del hotel y lo atravesé sin mirar hacia los lados, ensimismado como estaba con la lectura de mensajes atrasados que me habían llegado en cuanto conecté el terminal a la red WIFI del hotel. Salí a través de la puerta giratoria que había cogido como un autómatas hacia el exterior. El sofocante aire cálido y húmedo de la ciudad me hizo levantar la cabeza hacia el conglomerado de gente que pasaba en ese momento por delante de la puerta del hotel en todas direcciones. El giro de la puerta de salida del hotel era previsible, pero el aluvión de gente que andaba por las aceras de la calle Dr. E Moses Road no y necesitaba todos mis sentidos en alerta para no tropezar con nadie. Guardé mi móvil en el bolsillo delantero del pantalón, palpé con la mano derecha el lugar donde guardaba la documentación y me decidí a introducirme en el gentío a andar un rato y ver lo que pudiera de la ciudad.

Levanté la cabeza y miré a mi alrededor manteniendo la marcha. Era imposible pararse sin ser arrastrado por la corriente de gente. Los impresionantes rascacielos impedían ver la luz del sol y caminábamos permanentemente en sombra; cosa que era de agradecer, porque el calor ya de por sí, era sofocante. Sorprendía la diversidad de vida que había en las calles. Los hombres de negocios bien trajeados se entremezclaban con turistas de infinitas nacionalidades y gente llamativamente humilde. Todos se entremezclaban en la jungla de asfalto y aceras. Con el ambiente pasaba algo muy parecido. Me sentía incapaz de apreciar un olor concreto, pero estaba claro que por allí cerca debía de ha-

ber algún mercado de especias por el intenso olor a algún tipo de curri mezclado con humanidad y tubos de escape.

Anduve así unas tres manzanas hasta la calle Laxminarshingh. Al cruzar el paso de peatones un niño de unos doce años me arrolló literalmente, haciéndome girar en redondo sobre mis pies. Era un chaval bien vestido, con gorra de beisbol o de cricket más bien, que corría como una exhalación mirando hacia atrás de vez en cuando. Seguí con la mirada la dirección en la que miraba y vi cómo dos hombres vestidos de negro le perseguían. No pude dejarlo simplemente ahí pues una curiosidad malsana me sobrevino y me volví hacia la acera anterior para poder seguir mirando hacia dónde se dirigían. Anduve de vuelta unos cien metros aun a pesar de que les había perdido de vista hacía un rato, pero es que la excursión había perdido para mí todo el interés.

Total, era una ciudad más de altos rascacielos y enormes avenidas llenas de tiendas, casi las mismas que puedes encontrar en cualquier gran avenida de cualquier lugar del mundo. Lo que sí la hacía distinta era la cantidad de tráfico que había a aquella hora en las calles, un tráfico que apenas se movía y que hacía un ruido ensordecedor. Aun a sabiendas de que si volvía al hotel acabaría durmiéndome, decidí volver y que fuera lo que Dios quisiera. Quizá más tarde haría menos calor y habría menos ruido.

Llegué al hotel y entré por las mismas puertas giratorias. La quietud que se había respirado anteriormente en el recibidor había sido perturbada por un enorme jaleo de policías y personal del hotel que se movían de un lado a otro. Por el rabillo del ojo pude ver a los dos hombres de negro que perseguían al niño sentados en sendos sillones hojeando unas revistas como si no fuera con ellos la cosa, pero realmente eran los únicos que no miraban detenidamente a lo que allí estaba pasando. Tanto era así que llamaban la atención por su indiferencia forzada.

Cogí el ascensor y subí a mi planta. En el pasillo me crucé en dos ocasiones con agentes de policía que deambulaban con ligereza mirando en cada rincón. Decidí que mejor sería dormirse un rato y amanecer cuando todo el lío se hubiera resuelto.

Introduje la tarjeta de la habitación en la ranura y el resorte saltó. Empujé la puerta e introduje la tarjeta en la ranura que permitía que se encendieran las luces. Me fui directo a la cama y soltando los zapatos al suelo, me recosté sobre la almohada para dejarme llevar.

Un ruido sordo en el baño me hizo abrir los ojos y aguzar el oído. El ruido volvió a producirse y ya no podía ser coincidencia. Me levanté y me acerqué a la puerta del baño que estaba entornada. Sin encender la luz la abrí despacio. No veía nada, ni nada se movía. Entonces, encendí la luz.

Capítulo 2

Hamed salía del instituto. Era mediodía y las clases habían terminado. Con su mochila al hombro llena de todo menos libros, se dispuso a coger el autobús que como cada día le llevaba y le traía de casa al instituto. En la parada se agolpaban miríadas de chicos con el mismo propósito que él; necesitaban coger aquel autobús que les devolviera de nuevo a sus barrios, a los lugares de origen de cada uno, zonas pobres de la ciudad o clase trabajadora como preferían denominarlas ellos. La mayoría de ellos llegarían a poblados de chabolas dentro de la ciudad y disfrutarían de una tarde en la calle, jugando al cricket o a carambol, un juego de mesa bastante instaurado en la india, donde los participantes tienen que introducir sus fichas dentro de un agujero haciendo carambola con otras fichas desde uno de los laterales. Todas las tardes se celebraban partidas de campeonatos en todos los rincones de la ciudad, cuando no se jugaba simplemente para practicar y entrenar, ya que se requería una gran destreza.

Llegó finalmente el primero de ellos, un autobús Tata amarillo, desgastado. Daba la sensación de ir a desmontarse en cualquier momento. Todo en él sonaba: los frenos, la puerta, el motor parecía que parecía querer salir de allí. El conductor, un hombre muy delgado y desaliñado, vestido con camiseta y una gorra que le identificaba, invitó con la mano a los chavales a subir. Todos fueron subiendo ordenadamente a aquel autobús sin cristales en las ventanas, totalmente abierto para que el aire fluyera dentro del habitáculo, como único modo de ventilación.

Hamed les dejó pasar, podía esperar al siguiente. Nadie le esperaba ya en casa. Habían pasado cinco días desde que encontraran a su padre con dos disparos en la cabeza dentro de su coche, cerca de su oficina. Su madre había muerto cinco años atrás devorada por un cáncer y sus fami-